3 1761 07008635 0

DESIDERIO MARCOS

MEXICO Y LOS EXTRANJEROS

SUMARIO

A OJOS CERRADOS
LA REVOLUCION MEXICANA
Y
LAS CUARENTA CABRAS DE DOÑA LUPE
LOS EXTRANJEROS EN MEXICO
LAS RIQUEZAS DE MEXICO
LA GORRONERIA INTERNACIONAL
MEXICO Y SUS BELLEZAS
EL MEXICO DE 1923

MEXICO
1923

F
1234
M344
1923
c.1
ROBARTS

Presented to the

LIBRARIES *of the*

UNIVERSITY OF TORONTO

from

the Library of

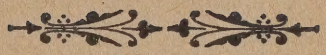
Jean-Jacques Kean

MEXICO Y LOS EXTRANJEROS

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR

DESIDERIO MARCOS

MEXICO
Y
LOS EXTRANJEROS



PRECIO DEL EJPLAR $1.00

MEXICO
1923

LIBRARY
JUN 4 2007
UNIVERSITY OF TORONTO

A OJOS CERRADOS

Este libro va a tener un gran mérito: el mérito de la Verdad, escrita así, con V mayúsculala palabra Verdad, para distinguirla de la "verdad" mentirosa, convencional, hipócrita y cobarde, de que tanto blasonan escritores, periodístas, oradores, politícos, y miles y miles de farsantes que farolean en la ininterrumpida comedia de la vida moderna, en la que muchos de los que a sí mismos, y con una inmodestia y vanidad sin límites, se apropian el pomposo calificativo de intelectuales, no son otra cosa que descarados mercachifles, sin átomo de pundonor ni de conciencia, dipuestos a venderse o alquilarse al mejor postor.

Doy a este primer capítulo el titulo de "A Ojos Cerrados", porque únicamente apartando la vista de toda acechanza, de toda ruindad, de toda infamia, de toda bastardía y de todo peligro, puede un hombre como yo, exhausto de elementos mateteriales de combate, imponerse la desigual tarea de cantar la Verdad donde todos los días y a todas horas se entona la mentira, rodeada y defendida por un nutrido ejér-

cito de imbéciles, vividores, pusilánimes, aduladores y convenencieros.

Sin embargo, yo, idealista empedernido, no he dudado jamás de la fuerza avasalladora e incotrarrestable del poder moral y a él me encomiendo. ¡Oh, el poder moral! ¡Atributo divino, valladar sublime, guía de los elegidos, consuelo de los justos, azote de los malvados!.

Vayamos siempre en estrecha armonía con la acción moral, y no nos importen las injusticias de la Justicia, ni el escandaloso vocerío de la prensa mercantilista y mercenaria, ni los ataques de los grupos humanos atiborrados de maldad,de ignorancia y egoísmo, ni el dolor y la amargura pasajeros que pondrán a prueba el temple de nuestro espíritu. ¡Tengamos paciencia! No nos separemos del camino recto, persistamos en la contemplación de la Bella Imagen de la Verdad que se refleja en nuestra conciencia, por borrosa, débil y esfumada que a ratos se nos aparezca, y sigamos adelante, adelante, seguros de alcanzar el triunfo defiinitivo, la inefable satisfacción del deber cumplido, que es el único éxito que debe halagar a los hombres cultos y conscientes.

En marcha, pues.

LA REVOLUCION MEXICANA

Y

Las cuarenta cabras de doña Lupe

Hablar actualmente de asuntos relacionados con México y no ocuparse de la magna Revolución iniciada en este país en 1910 y que indudablemente puede darse por terminada, es cosa imposible, porque todo lo que de México se hable tiene, por fuerza, que estár enlazado y encadenado con ese agitadísimo periodo, durante el cual, lo mismo aquí, dentro de casa, que en el exterior, se han forjado las más truculentas, regocijadas y fantásticas novelas que pueden concebir los genios, los ingenios, los necios y los trapisondistas.

Durante los dos largos lustros de su Gran Revolución reivindicadora-necesaria y justísima,- México ha sido víctima de las calumnias, falsedades y exigencias más iracundas por parte de sus acreedores y por la de muchos de sus huéspedes.

Los que hemos vivido en el transcurso de esos doce y pico de años. sin perder por un momento el con-

tacto con la realidad de los hechos, y hemos conservado el espíritu en perfecto equilibrio para poder juzgarlos con entera serenidad, no podemos menos que sentirnos indignados por tanta desconsideración, tanta infamia, tanta mentira y tanta ingratitud.

Una Revolución, no solamente política, sino político-social, de la importancia y trascendencia de la que se ha operado en la Republica Mexicana, no ha tenido en ninguna época ni en ninguna parte – digan lo que quieran los que, buscando comparaciones, pretenden arrastrar a México por los suelos – otro proceso ni otro desenvolvimiento.

Hubo desmanes, hubo trastornos, hubo abusos y atropellos, hubo en fin, las irregularidades y violencias características de toda conmoción revolucionaria; pero si cuantos relatos de revoluciones he leído no mienten, ni tampoco mis ojos me ocultan la verdad de los acontecimentos que he presenciado, debo honradamente confesar que todas las **"espantosas atrocidades"** de la revolución mexicana, apenas han sido un pálido simulacro de las acaecidas en países que gozan fama de más adelantados y cultos.

Con los casi inextinguibles odios que forzosamente tuvierón que sembrar en el continente Ibero-Americano, siglos de opresión, crueldad y tiranía, la Gran Revolución de México hacía temer más encarnizadas revanchas, escenas más rencorosas y sangrientas, mayores represalias.

No sucedió así, porque en México, y en los tiempos presentes, es por completo desconocida la ferocidad, que ni siquiera se manifiesta en los restos de algunas tribus alejadas de las zonas civilizadas o semi-civilizadas.

Aqui todo es – como la generalidad de su clima – sedante, apacible, templado.

Lo que ocurrio fué que el pueblo de México – entiendanse bien: **el pueblo** - se cansó de tolerar la tiranía y esclavitud económicas, la injusticia y el despotismo,y aprovechando la oportunidad que le presentaba un movimiento o cambio político, se decidió y se dijo:

"Pues lo que ha de suceder que suceda de una vez, y puesto que es ya tiempo de que rompamos las cadenas que coartan nuestras libertades, hagamosles trizas y conquistemos al mismo tiempo el derecho a una existencia agradable, decorosa y digna, derecho que tan tenaz y sistemàticamente se nos niega."

Es necesario haber vivido en Méxíco muchos años, haber sabido observar durante ellos los irritantes privilegios de que disfrutaban determinadas clases sociales, haber contemplado la inicua sumisión y el vituperable desprecio de que era objeto la gente humilde, tanto en los campos, como en las fábricas y los servicios domèsticos, para comprender y justificar la Revolución.

A pesar de la innegable prosperidad material que el largo periodo de paz del Gobierno dictatorial del

señor general don Porfirio Díaz proporcionó al país. y durante el cual se improvisaron, no numerosas, porque la propiedad estaba excesivamente monopolizada, pero sí enormes fortunas, - las clases obreras permanecian en una situación tan angustiosa, que únicamente se les daba lo indespensable para que consérvaran su existencia, como temerosos sus explotadores de que ese humano y primordial elemento de sus riquezas, se les agotara antes de dar vida a nuevos séres, que les substituyeran en su triste condición de labrar la dicha de sus amos a la par que sepultaban la suya, seguida por un horrible cortejo de privaciones, afrentas y miserias.

Quienes no conceden a los elementos trabajadores, a las masas obreras, otro derecho que la aspiración animal de satisfacer, aunque de una manera deficiente, sus necesidades nutritivas, todavía se obstinan en sostener la sinrazón de la Revolución Mexicana, arguyendo que la clase obrera no ha obtenido ningún beneficio, pues si ha alcanzado más altos jornales, en cambio, ha subido enproporción mayor el costo de la vida, no piensan, sin duda, que el desequilibrio entre los salarios y los precios de las mercancías existe en el mundo entero, y que los jornaleros y empleados mexicanos, sin la Revolución, estarían en muchísimo peores condiciones económicas que lo que están ahora, porque la vida sería en México tan cara como lo es hoy y los sueldos y jornales permanecerían **in statu quo;** pues no creo que haya nadie tan cándido o

tan taimado que se atreva a asegurar que, privados los trabajadores del derecho legal de petición y de huelga, los amos, esp ontaneamente, generosamente, les hubiesen abierto el bolsillo, con merma de sus fortunas, para que los obreros vivieran más cómodamente.. ¡Primero la muerte!

Además, los que juzgan - desde lo alto o independiente de su posición, por supuesto - que la ambición más anhelada del hombre debe radicar en el éstomago, no saben, o fingen no saber, la fábula del perro gordo y el perro flaco.

De éstos dos perros, uno de ellos, el perro gordo, rollizo, de pelo lustroso y esponjado, era propiedad de un duque y se le veía siempre, amarrado con dorada cadena, custodiando la reja de entrada a la señorial mansión, por frente de la cual pasaba con frecuencia otro perro, desmedrado, famélico, flaco; y llegó un día en que los dos canes, no obstante la diferencia de su categoría social, y reconociendo que pertenecían a la misma especie, entablaron éste amistoso diálogo:

– "Ah, que tonto debes de ser tu - empezó diciendo en su lenguaje perruno el perro gordo, - que andas por esos mundos de Dios muerto de hambre, sucio, sin una caseta conforlable donde decansar y resguardarte de las inclemencias del tíempo, sin tener, como yo tengo, unos amos que me tratan a cuerpo de rey, que me acarician y que bondadosamente me pónen el

pié encima y, a veces, hasta me tienden su ducal mano para que se la lama.¿Porqué no procuras tù conquistarte, con zalamerías, protestas de incondicional fidelidad miradas suplicantes y lisonjas, arrastrando la cola en señal de sumisión, o para que se diviertan pisándotela, la simpatía de algún gran señor que te tome a su servicio, te harte de comida, te mande esquilar pintorescamente, te adorne con un collar igual o, por lo menos, parecido a este lujoso y relumbrante que y oluzco y cuelgue de el una hermosa cadenota como esta mía, que a mi se me antoja que es de oro macizo, y que termina, ¡ ya ves !, en una argolla, también de oro, cuya argolla sujetan, ¡ fíjate bien !, en una alcayata, igualmente de oro puro?".

-- "¡ No me convences ! -- replicó, tras un largo rato de meditacíón y silencio, el perro flaco. Es más, me das lastima; gordo y todo te considero un desgraciado, hasta indigno de llamarte perro".

-- "¿ Que dices?, ! Miserable, mugroso, vagabundo, perdulario, ¿ Hay acaso mejor vida que ésta?"- repuso, exaltado, el gordiflón perro ducal.

-" Digo - agregó flemática y sentenciosamente el perro flaco - que eso seria verdad si no te tuvieran amarra do con esa cadena, que es incompatible con toda dignidad y toda dicha".

Quedóse triste y pensativo el perro gordo, y hasta cuentan las crónicas que forcejeaba por romper la amarra, mientras el perro flaco, altivo, orgulloso, felíz, se

perdía por calles y parques entonando, caninamente, entusiastas vivas a la Libertad.....

Ni la disculpa y consuelo del perro gordo de la fábula, para tolerar la esclavitud de verse atado por el pescuezo, a cambio de opípara pitanza y otros placeres, tenía el pueblo mexicano antes de Revolución de 1910, porque ni comía lo suficiente, ni andaba aseado, ni tenía perspectivas de mejoramiento de ningún género.

Las personas de ideas estacionarias y recalcitrantemente conservadoras que lean estas opiníones, mejor dicho, estos fieles relatos – cosa que han de hacer con desagrado y enojo–van a exclamar, airadas y excitadísimas

–"¿Y ahora? ¿Comen mejor los obreros? ¿Visten mejor? ¿Son mejor tratados?..... Y además, ¿merece esta gente consideraciones y buenos jornales? ¿No son, acaso, haraganes, apáticos, flojos, gastadores, viciosos, borrachos?".

Sería necesario padecer ceguera absoluta para no advertir que los obreros mexicanos visten en la actualidad infinitamente mejor y más pulcramente que hace una docena de años, que muchos, muchísimos de ellos, han adquirido lotes de terreno y están edificando sus casitas; comer, quizá coman igual, poco más o menos, porque los hábitos de alimentación son algo típico y clásico que no transforman las modas ni las revoluciones; y en cuanto al mejor trato, lo tienen

porque las nuevas leyes se lo garantizan, al mismo tiempo que se lo imponen a los patronos.

En los defectos atribuidos a los obreros, por nacionales y extranjeros de las clases acomodadas y patronales, hay evidente exageración y apasionamiento,

El trabajador mexicano es hábil, dócil, obediente, manejable, y atento hasta lo ceremonioso.

La benignidad de éste clima, de permanente primavera, asaz enervante, es la causa principal de que su labor sea acompasada, un tanto calmosa, si se quiere, pero eficaz e inteligente.

También debe atribuirse, en gran parte, al clima acariciador, clemente y mágnanimo, su falta de previsión y su desprendimiento.

¡ Oh, qué diferente sería, si conocieran y palparan los rigores crueles de los inviernos crudos, pavorosos; de las celliscas de nieve que atolondran y sepultan a los viandantes; de los glaciales vientos huracanados que se filtran, cortantes y siniestros, por los intersticios de paredes, techos, puertas y ventanas, amenazando arrastrar y destruir las chozas y produciendo ruidos de tragedia y espanto en los solidos edificios; de las heladas pérfidas, sutiles, filosas, que penetran en los cuerpos como endiablados instrumentos de suplicio!

.....Si tuviera las aterrorizantes perspectivas de esas tétricas invernadas, seguramente que el proletariado mexicano sentiría el acicate del ahorro y la necesidad imperiosa de redoblar sus esfuerzos; mas con es-

tas tierras que todo lo producen con simples arañazos y este cielo que parece recrearse en colmar de sensaciones de placer y encanto a los seres que cobija, ¿qué extraño es que los que han vivido en la humildad y la modestia, sin que nadie se haya preocupado de imbuirles otras ambiciones ni crearles otras necesidades, no sientan los aguijonazos del poseer y la codicia?.

Hay una marcada propensión en los que no hacen nada y en los que prosperan merced al colectivo esfuerzo de sus colaboradores de ínfima categoría, en achacar a éstos todas las máculas, todos los defectos y todas las imperfecciones, como si con ello intentaran justificar su proceder mezquino y carente de equidad. Así es que quienes de todo disfrutan con comodidad o con abundacia, se muestran indignados ante los vicios y expansiones de los de abajo, que por razón natural no pueden ser tan grandes, porque sus recursos no se lo permiten, como los de la gente adinerada.

Acorstumbradas las clases elevada y media de Mèxico a que los trabajadores estuvieran circunscritos al papel pasivo de la obediencia, se soliviantan a la menor manifestación de demanda o de protesta de los "pelados", como despectivamente se llama aquí a la gente del pueblo; y el mayor número de las antipatías para la Revolucíón estriba en eso: en que concedió derechos y libertades a los desheredados de la fortuna.

Antes de la Revolución, todos los patronos en

general, explicaban su resistencia a aumentar los jornales diciendo que era contraproducente, perjudicial para los mismos jornaleros, porque cuanto más ganaban más gastaban y menos días de la semana trabajaban, cosa, sin embargo, inherente, a la condición humana, pues del mismo modo el rico se proporciona lujos y paseos en razón directa de sus utilidades.

¡ No !

Lo que pasaba– hay que decirlo con franqueza – es que la explicación de los patronos tenía más de avara y egoista que de paternal y piadosa, ya que el argumento está desmentido con el afán ostensible, que se nota en los obreros, de lucir mejor indumentaria, de rodearse de comodidades y hacerse propietarios de un hogar y ..... ¡ hasta de un automovil¡.

Si en aquella época les trabajadores hubiesen hecho prodigios con los escasos céntavos qne se les daban en pago de sus servicios, los amos se hubieran arrepentido mil veces de su "largueza", poniendo en práctica, por conservar la pureza de constumbres de sus vasallos, el proceder del padre de un amigo mío de la infancia, sucedido que a voy contar:

Cuando mi amigo y condiscípnlo de la escuela lugareña cumplió los dieciocho años de edad, díjole cariñosa y severamente su padre: – "Mira, hijo mío, puesto que ya eres mozo y es preciso que no hagas mal papel al lado de tus amigos y te diviertas y goces, voy a darte cada domingo, y para que te duren toda la semana, dos cuartos (dos centavos) ; pero, por Dios, hijo de

mi alma, te recomiendo mucho que no seas manirroto ni te entregues a los vicios".

El pobre mozalbete se divertía, claro está, a costa de los amigos que tenian padres màs espléndidos y, para congratularse con el suyo y no disgustarle, sólo gastaba la mitad de la dádiva, un cuarto,

Pero enterado el padre de que a su hijo le bastaba con un cuarto para sus correrías semanales, a esa exigua suma le redujo la cuota dominical.

Exactamente lo mismo hubieran hecho los patronos de México en 1909, habiendo visto que los jornaleros podían existir con los miserrimos salarios que les asignaban: se los hubiesen reducido a la mitad.

Creer otra cosa, pensar que el obrero mexicano, habría adelantado, sin la Revolución, un paso en su libertad y mejoramiénto es, sencillaménte, pueril, sino es que malvado.

Lo que ocurre es que la condición humana es de una indole tan furiosamente egoista, que soló estima y juzga los acontecimientos desde el punto de vista de su interes pérsonalisimo. creyendo cada hombre que las riquezas, la libertad, los goces y la felicidad entera debén ser suyos, no importando que a los demás les parta un rayo.

Es por eso que, a pesar de que la generalidad del pueblo mexicano ha obtenido beneficios inmensos – materiales y morales, sobre todo morales, o sean de libertad y dignidad – con la Revolución, todo capitalista, grande o mediano, nacional o extranjero, que haya sufrido el menor perjuicio pecuniario, o que considere qne sin la Revolución sus ganancias hubieran sido mayores, o más sólida la situación de su fortuna, o que, sinplemente, haya experimentado la más leve

incomodidad o molestia, echa pestes de la Revolución y sus hombres, y la inmesidad del orbe le parece pequeña para lanzar sus vociferaciones y denuestos contra el México actual, país – según esos dechados de veracidad, patriotismo, y gratitud – en el que la vida es imposible, infernal, y las altas personalidades del Gobierno, gente incapaz, idiota y, por añadidura, pletórica de los más endiablados y criminales proyectos.

Lo que es – no endiablado y criminal, porque en lo criminal y endiablado siempre hay algo de admirable – sino extraordinariamente idiota, es el emitir, sobre una Revolución tan grandiosa y bienhechora como la ultima en México, opiniones y juicios rebosantes de mala fe e ignorancia, y que no tienen otros fundamentos que los vulgares y desfavorables incidentes que un individuo o cien individuos tuvieran en sus negocios o el crónico estreñimiento mental que estos individuos padecen.

Esta pedestre manera de hacer apreciaciones respeto a los trascendentalisimos sucesos politico-sociales de una nación, es algo parecida a la que emplean quienes habiendo sido desdeñados o engañados por una mujer extranjera, se desatan en vituperios y recriminaciones contra el país de origen de la esquiva o infiel.

Las Cuarenta Cabras DE DOÑA LUPE

Pre-Revolución 1910, no existía en México problema de ninguna especie para las clases ricas o acomodadas.

Disfrutaban de la Justicia en relación con su categoría, contaban con el apoyo y protección de las autoridades, y los trabajadores de todas clases no tenían otros derechos ni aspiraciones que los que a cada uno concedía buenamente su "patrón".

Débese a dichas previlegiadas circuntancias, el que las referidas clases sociales abominaran con toda su alma de los procedimientos y reformas revolucionarias y exclamaran y sigan exclamando, embargadas de dulces añoranzas:

– "¡Ah. qué tiempos los de don Porfirio! ¡Qué Mêxico aquél ! ¡Aquello era tranquilidad, aquello era vivir, aquéllo era gozar ! ¡ Ayyyy !",

Egoísmo puro; pues partían del nada hnmanitorio principio de que de los catorce, dieciseis o más millones de habitantes de la República, únicamente una escasa cuarto parte – los opulentos, los semi-ricos y la paupérrima y abnegada empleomanía – esclava de su levita y su corbata' – tenía derecho a lo que esta fecunda y ubérrima tierra produce.

El resto, la "indiada" el "pelado", el obrero desnudo y harapiento..... ¡ni quien se ocupara de él, si no era para esquilmarlo!.

Algo semejante a si la real familia y alta y baja servidumbre de un reino, que absorbieran todas las riquezas del mismo, dejando en la desolación y en la penuria a sus subditos, se ufanaran de sus regodeos y refocilamien-tos, diciendo:–"¡Oh, qué dichosos somos!".

A lo qué replicarían los súbditos, mostrando sus demacraciones y desnudeces:– "¡Vosotros si sóis felices!; pero ¿y nosotros?".

Hasta los sentimientos colectivos de compasión y piedad, que debían haberse repartido por completo entre la "indiada" y la "pelazón", se adjudicaban –por la tradicional fuerza de la costumbre, – durante los aciagos y dolorosos días de las luchas armadas, a las clases privilegiadas.

Las multitudes menesterosas y hambrientas, que recorrían las calles de las ciudades, sin atreverse a intentar un saqueo; los tímidos inditos que, miedosos como ratones, huían de los poblados, los empleaditos de ambos sexos, que con lo corto de sus sueldos y la carestía inconcebible de todos artículos, no podían cubrir sus más perentorias necesidades; los millares de criaturas que, muertas por el fabuloso precio que fijaban a su mercancía los lecheros, iban a los cementerios sobre los brazos maternos; ninguno, ninguno de estos cuadros, producia a los adinerados – extranjeros y nacionales – lamentaciones de conmiseración y arrebatos de ira; pero que a un almacenista le quitaran media docena de piezas de percal o unas latas de sardinas, que a un **sportman** le dejaran sin caballo o sin autómovil, o que a un hacendado les sacaran de las trojes algunas

cargas de maiz, y entonces y por cada uno de esos desmanes, se elevaban protestas hasta el cielo y se escribian cartas de difamación a Washington, a Roma, a Madrid, a Paris, a Viena, a Berlin y a todos los ámbitos del globo terrestre

Uno de aquellos días, llegó a cierta casa aristocrática, un señor rico, y enemigo acérrimo, por tanto, de la Revolución, y con ademanes trágicos y grave acento, dijo:– "¿No saben Uds. lo que hicieron esos bandidos de revolucionarios en la hacienda de X..?"

Todos a coro:– "¡ Hombre no! ¡ Diganos, cuentenos que nueva barbarídad han hecho esos ladrones, canallas, asesinos!".

– " Pues casi nada: ¡¡¡ **que robaron cuarenta cabras a doña Lupe** !!! – " Y que más? ".

– "¡ Nada! ..... Qué según parece, entre los jefes había uno algo honrado y mandó fusilar, luego luégo, a diez o doce de aquellos "pelados"!

Todos a coro otra vez:

– "¡ Vaya, eso si que está bueno! ¡ Perfectamente! ¡ Qué hagan lo mismo con todos !.... ¡¡¡ **Pobre doña Lupe** !!! ".

¿ No es verdad que es mucho, muchísimo, demasiado, lo que cuesta a los pueblos alcanzar un adarme de libertad, de pan y de justicia?.

El anterior episodio – que data del periodo más álgido de la Revolución – es una prueba palpable y elocuentisíma de lo que se exageraba y despotricaba en aquellas fechas.

Repito qué hubo, si, lo inevitable en toda Revolución por ordenada y benigna que ésta sea: algunos abusos. algunos atropellos, alguna que otra venganza sangrienta; más entre la verdad de lo sucedido y lo es-

tupendo de las mentiras propaladas, media, no un abismo, síno nna multitud de abismos.

Compárense, por otra parte, los desmanes, atropellos e injusticias del período revolucionario, con las iniquidades de todo género, cometidas en los felices – ¡ para los privilegiados ! – años de abundancia, paz y sosiego, con el montón anónimo de los desheredados de la fortuna, y tendremos que convenir en que la Revolución apenas dejó, como doloroso recuerdo de su paso, huellas de superficiales rasguños.

LOS EXTRANJEROS EN MEXICO

"En México – como ha dicho el actual Presideute de esta República, General don Alvaro Obregón – no es extranjero más que el que quiere serlo".

Y así es, en efecto.

Quien en este país se siente extranjero, es por que el concepto de la patria lo limita a la casa en que nació y a su parentela de primero y segundo grados.

A excepción de los momentos de nostalgía que inspiran la patria y familia lejanas, nadie puede decir con fundamento que en México padezcamos los extranjeros ni la más leve sensación de extranjería, puesto que legalmente – y salvo ligeras cortapisas relacionadas con los cargos políticos y los empleos de la administración pública – disfrutamos de todos los derechos y prerrogativas de los nacionales, y socialmente de todos los afectos y consideracíones.

Es más, el extranjero desde que pisa suelo mexicano, asciende uno a varios escalones en relación con la categoría en que estaba clasificado en su país nativo.

Por lo general el extranjero que al emigrar se llama modestamente oficial de carpintero, maestro de albañil, escribiente, practicante de medicina, buhonero o pastor, al desembarcar en playas mexicanas, y por el sólo sortilegio de la travesía, se convierte ya en ingeniero, abogado, doctor, comerciante o ganadero.

Al decir que, por lo general, ya dejo entender, naturalmente, que alguno que otro de los emigrantes trae en toda regla su título profesional y viene a ocupar el puesto que le corresponde; pero la inmensa mayoría de los que emigran para estas tierras, cambian, mejorándola, su condición social, en el breve lapso de tiempo que tardan en trasformarse de emigrantes en inmigrantes.

Salta a mi memoria a este propósito, lo que me decía un culto amigo español, ya desaparecido cuando, en los inactivos días del fragor revalucionario, discutíamos acerca de los ideales que la Revolución mexicana traía inscritos en su bandera.

Decíame mi amigo:

–"Indudablemente que el hecho de nuestro rápido adelanto aquí, por poco que valgamos, se debe, en gran parte a la enorme cantidad de gente que encontramos en la mayor sumisión y atraso, y el día que esto pase - que ha de pasar – o salimos sobrando, o tenemos que desplegar mayores dotes de inteligencia, si queremos prosperar y sobresalir".

Y agregaba:

–,'Cuando yo, con mis veintitantos años de edad a cuestas, mi grado de bachiller y dos años de la carrera de leyes, pero sin el menor hábito de trabajo, me vi, por jugador y calavera, sin una peseta, y pensé abandonar España, me hice esta reflexión: No me conviene ir a Londres ni a París, porque allí, con mi escaso bagaje de conocimientos y mi desconocimiento absoluto de los negocios, me espera, con seguridad, el poco grato oficio de cargador u otro similar, y yo aspiro, por lo menos, a ser capataz, y para ser capataz creo que lo más acertado es irme derechito a la America Española..... Llegué a la Isla de Cuba, y

lo de ser alli capataz lo encontraba, sino imposible, un poco difícil, y continué hasta México, donde desde el primer instante fuí capataz o administrador de hacienda, que para el caso es lo mismo, y en un dos por tres ascendí a ranchero y me vi dueño de unos miles de pesos".

La historia que acabo de contar, de mi amigo y campatriota, es la de casi todos las emigrates que vienen a México: empiezan desde luego por ser capataces de campo, de mostrador o de fábrica, con grandes probabilidades de contemplarse, más tarde, hacendados, fabricantes, y propietarios o socios de tiendas y almacenes.

Los únicos inmigrantes que encuentran en México obscuras y hasta negras pespectivas, son los que con alguna o mucha ilustración, y carentes de energía brutal para ejercer el capataeismo, y de marrullerias mercantiles para dedicarse al corretaje de los negocios, tienen que vivir del empleo oficinesco; pues vedado para ellos el ingreso a la empleomanía del Estado que, además, y como en todas partes, se ve recargada en exceso por los naturales del país, y teniendo que competir con éstos –que son intruidos, competentisimos, y pueden trabajar por menos sueldo, ya que viviéndo al lado de sus familias son menores sus necesidades – son muy pocos los destinos a los que el extranjero culto, pero sin oficio ni profesión utilitorios, puede aspirar.

Otra de la causas que obstruyen y cierran el paso a estos elementos, es la de que, como acabo de indicar, ": carecen de energía brutal para ejercer el capataeismo".

!Oh, si, en México, como ha sucedido, y quizá siga sucediendo en todo Ibero-América, los hombres brutos se han cotizado a muy altos precios.!

Es decir, que en estos países, comercial e industrialmente nuevos, las ríquezas se han amasado con estos tres componentes, así distribuidos: 5 por ciento de inteligencia, 20 por ciento de actividad y constancia, y 75 por ciento de brutalidad.

Esta es la razón de que se vean en innumerables empresas y negocios mercantiles, gerentes y jefes, que por su brusquedad, sus modales y su modo de discurrir, ponen en labios del observador o visitante esta exclamación. ¿ Pero como éstos hombres ocupan tales puestos ? ¡ ¡ Si son unos bárbaros !.

¡ Pues precisamente por eso: por lo barbaros !.

Como una de las principales cosas que estaban a la explotación en estos paises, era el contingente de sangre humana, los capitalistas, los amos, han tenido la creencia –no errónea por cierto, objetivamente - de que para delegados en sus empresas y propiedades, nesecitaban, más que hombres instruidos, inteligentes y bien educados, individuos avaros, duros, capaces de ver morir de hambre o de fatiga a media humanidad, antes que desperdiciar la oportunidad de acrecentar en un centavo sus fortunas.

Vuelvo a repetir que a esa "carencia de ernergía brutal para ejercer el capatacismo", hay que atribuir el que muchachos, o personas de edad madura, que llegan sin más apoyo ni recomendación que su ilustración su honradez y sus buenos y delicados sentimentos, encuentren mil obstáculos para obtener un cargo cualquiera.

El sucedido que voy a relatar, dará al lector clara idea de mis afirmaciones:

Allá por el año de 1911, hallábame yo en cierta fábrica al mismo tiempo que un caballero extranjero, joven aún, bien educado, físicamente fuerte, que no tenia ocupación e iba a la referida fábrica en solicitud de que le proporcionaran algún empleo, fuera el que fuese, porque lo necesitaba con urgencia.

Era la hora de la comida del mediodía, en que los obreros abadonan su tarea; estábamos en la puerta de salida de la fábrica, el gerente de la misma, el solicitante de empleo y yo, y presenciábamos la diaria escena de que un cabo de vara palpara de arriba – abajo el cuerpo de los obreros y les registrara las bosillos, para evitar que se llevaran siquiera un átomo de mercancía.

La afrentosa y denigrante escena, hirió las nobles sentimientos del peticíonario de empleo, y le arrancó esta lógica y dígna observación:

–"Dígame usted, señor gerente: ¿no sería posible librar a esta pobre gente de un acto tan vergonzoso?".

–"¡Qué ha de ser posible, hombre – contestó colérico el gerente, – pues si no se hiciera eso le dejaban a uno hasta sin camisa!".

Luego, y encarandose con el solicitante de empleo, que le miraba compungido, como pidiendole perdón por su gesto de sentimentalismo, añadió el gerente:

–"¿Y con esas ideas y esa blandura de corazón, piensa usted hacer fortuna en América?.....¡ Pues está usted lucido!".

Insistió el correcto caballero en sus súplicas, im-

plorando que le dieran una colocación por humilde que fuese, pues él no se consideraba rebajado con ninguna clase de trabajo, pues el trabajo– decía –dignifica, y aceptaría de buen grado el subirse al pescante de un carro repartidor, e iría por esas calles repartiendo los productos de la fábrica.

–"Ya veremos, ya veremos – acabó prometiendo el gerente, encaminandose a su despacho, – ¡siga ustee dando sus vueltas!".

Una vez solos, me atreví a recomendar al gerente: "Debía usted hacer algo por ese señor: es ilustrado, simpático, de trato agradable, que contrasta con el de todos esos empleados zoquetes y ordinarios que le rodean a usted".

–"!Otro que tal baila" – me reconvino el gerente; – y agregó:

–"¿Pero deveras cree usted que hombres así valen la pena de que se les preste atención y se fije uno en ellos?.....¡Repartidor, repartidor, a un infeliz sujeto de quien se reirián hasta las mulas del carro, porque ni se atrevería, a descargar con brío la tralla sobre sus lomos!.....¡¡Qué inocentes son ustedes!!".

Sin embargo de mi inocencia, yo creí entonces y creo ahora, estas dos cosas:

Que esos obreros, ladrones empedernidos, a quienes se registra al salir de su trabajo, son unos ladrones muy torpes y muy tontos, porque despúes de tanto robar, ni comen, ni beben, ni fuman, ni visten, ni pasean en coche, ni habitan en palacíos, y hacen cesión, en cambio, de todas esas bagatelas, que debían proporcionarles los productos de sus latrocinios, a los señores robados.

Y que de la Revolución mexicana, de muchas huelgas y de otras actitudes de la gente de pueblo, cabe una gran culpa a quienes sustentan el criterio de preconizar el factor brutalidad, como recurso de prosperidad y engrandecimiento de las empresas.

En el comercio y la industria de México, pertenecientes, poco menos que de una manera exclusiva a extranjeros:- españoles, franceses, norteamericanos, alemanes, etc., etc., – es rarísimo ver a un mexicano ocupando algún puesto de significación, a pesar, como he indicado ya, de su indiscutible instrucción y competencia, solamente igualadas por los inmigrantes alemanes– que de todos los inmigrates son los que vienen mejor preparados y con conocimientos **ad hoc**, – e infinitamente de modales más refinados, más caballerosos y más cultos que todos ellos

Dos son los motivos de la postergación que sufren los mexicanos en la repartición de altos empleos en las empresas extranjeras: uno de ellos, que cada empresa concede la preferencia a los individuos de su nacionalídad, y otro el de que los mexicanos **adolecen** del mismo **defecto** que reprochaba el gerente de marras al circunspecto extranjero que se conformaba con la humilde posición de carrero-repartidor: que les falta carácter, que no atesoran dotes de mando, que, por lo general, "carecen – en suma – de energía brutal para ejercer el capatacismo".

Restricciones para la enmigración, son muy pocas – las que, de hecho, existen en México, donde todos los días desembarca gente de la peor calaña.

Ni aún a los inmigrantes que vienen a fomentar y explotar los vicios, a brincar del modesto oficio de

tapiceros a la noble y distinguida profesión de licenciado en leyes – de los licenciados nobles y distinguidos, se entiende, – para confabalarse con algún juez venal – que tampoco aquí faltan, como no faltan en ninguna parte, - y andar por ahí poniendo a precio las sentencias, o a desempeñar, como medio habitual y lícito de vida, el vil y repugnante papel de testigos falsos, se les ponen trabas para su entrada al país

Si acaso, si acaso, los únicos inmigrantes que corren riesgo de caer bajo la acción inexorable del artículo 33 de la Constitución de la República – expulsión del país de los extranjeros perniciosos, - son esos soñadores rapsodas de las bellas y sublimes ideas libertarias, que cometen la horrible osadía de venir a perturbar la sosegada digestión de los capitalistas, de esos santos varones que no tuvieron empacho en explotar durante años y años, y sin que su corazón fuera nunca conmovido por la más sutil ráfaga de piedad, el rico contingente de sangre india que, pródigamente, se ponía a su disposición.

Colocados los extrajeros, de golpe y porrazo, en un rango superior al de su origen; aburguesados y hasta aristocratizados al poco tiempo de tener contacto con tierra mexicana, engreídos con su repentina metamorfosis, cada un de ellos dá uno o varios pasos atrás en sus setimientos político-sociales y quisiera ver establecido aquí, a perpetuidad, el régimen de la esclavitud y la tiranía, del cual ellos – extranjeros y, por lo bajo, capataces – están exentos.

Casí no acierta uno a explicarse como hombres, que en su inmensa mayoría hacen crecidas o regulares fortunas en este país. sin más aportación que su inicia-

tiva y trabajo personal, porque de capital todos llegan lo mismo exhaustos– pueden mostrarse tan desafectos a un pueblo que los ha recibido cariñosamente y ha recompensado con generosa esplendidez sus esfuerzos.

Porque alardear de querer al país por la belleza de sus panoramas y paisajes, por lo encantador de su clima, por la feracidad y fertilidad de sus campos, por la exuberancia de sus riquísimos bosques, por lo fantástico de sus tesoros minerales, por la variedad infinita de sus flores, por la embriagadora fragancia de sus jardines, por la exquisitez de sus manjares y por la sugestiva dulzura de sus mujeres adorables, eso, no es querer a un país: es quererse a si mismo y cantar alabanzas a lo que recrea, halaga y deleita nuestras pasiones y nuestros sentidos.

Querer y ensalzar todo lo bello, fastuoso y codiciable de México y despreciar, y aborrecer lo feo y deforme – sin ofrecerse siquiera a remediarlo o corregirlo, –es un amor muy interesado, muy mezquino y muy egoista.

Con ese amor y sin él, el suelo y subsuelo mexicanos, los árboles y las flores, las ríos y las montañas, continuarán impérterritos e indeferentes su existencia fecunda y majestuosa; pero el pueblo – esas infortudas victimas de todas las concupiscencias humanas, sí lamentará que esos frívolos y capcisos alardes de amor a México, no le alcancen a él ni sirvan para mitigar sus penalidades y tristezas.

Todos los extranjeros residente en México – a semejanza de los nacionales ricos, -han sido, y siguen siendo enemigos acérrimos, irreconciliables, de la Revolución, sin embargo de que – y así ello parezca ilógico y absurdo – ganaron en el transcurso de la época Revolu-

cionaria, diez veces más dinero que durante los treinta y cinco años de la famosa paz porfiriana.

Todos los comerciantes que no cayeron en la tentación de especular-, almacenándolo, con el papel moneda persiguiendo el ilusorio propósito de convertirse en millonarios de la noche a la mañana – vieron aumentar sus capitales de una manera prodigiosa.

Amainó la Revolución, sobrevino la guerra europea, escasearon las mercancías, eleváronse fantásticamente los precios de las mismas, y los hacendados, los industriales y los comerciantes no hallaron límite para sus ganancias.

..... Y a pesar de todo, odian y maldícen a la Revolución.

¿ Por qué ?.

La respuesta es obvia:

Porque en el programa de la Revolución venían estas reformas: desmembración de los grandes latifundios y devolución de los ejidos arrebatados a los pueblos, nacionalización del subsuelo y derecho de petición y de huelga para los obreros,

Y esto es lo que más ha enardecido a los capitalistas, quienes con los derechos otorgados a los trababajadores, no consideran tán sólida y maciza la base de sus riquezas, y amenudo sienten turbado su tranquilo sueño por las demandas de los que, años antes, constituian un sojuzgado y melancólico rebaño de hombres desamparados – de hecho – por la ley, por la justicia y por la piedad.

Cuando ocupó la Presidencia de la República el señor general don Alvaro Obregón, las fuerzas " vivas " del país, que tenian ideas vagas, confusas y equivocadas de las clase de energía que se atribuía a este esfor-

zado revolucionario, se apresuraron a agasajarle y le ofrecieron en los espaciosos jardines de una conocida empresa industrial, un suculento banquete en el que esperaban que, el flamante primer magistrado de la nación hiciera declaraciones en el sentido de que pondría cerco de hierro a las aspiraciones obreras, declaraciones que no hizo el general Obregón porque no podía hacerlas, sin traicionar los principios revolucionarios y traicionarse a sí mismo, ya que había sido uno de los más íntregros, denodados y entusiastas mantenedores de esos principios.

Defraudado el capitalismo en sus locas esperanzas, decepcionado de no haber encontrado en el actual Presidente a "su hombre" – un hombre que le devolviera, aherrojado y sumiso, el contingente de sangre humana – se convirtió de enfusivo y mimoso, en retraído, glacial, y platónico pretendiente de un régimen conservador, retardatario, dictatorial, a ser posible que, ¡a Dios gracias! no lo será.

Los capitalistas de México, extranjeros y nacionales, pierden un tiempo precioso volviendo los ojos atrás soñando con el pasado, en lugar de mirar para delante y aceptar las ideas modernas y los procedimientos nuevos.

Las estadísticas sobre las huelgas registradas en México, y sobre las pérdidas sufridas por el capital y el trabajo, como consecuencia de las mismas, dan, hasta la fecha, unas cifras tan irrisorias, que únicamente en un país como este, donde jamás se había consentido ni el conato de ellas, pueden tomarse en consideración y mencionarse.

Pero aquí, al menor síntoma de movimiento obrero, se oyen estas exclamaciones:

"¡Qué barbaridad! ¡Qué escándalo! ¡Vaya un Gobierno! ¡Esto es una vergüenza! ¡Así no se puede vivir! ¡Mèxico ya se acabó! ...¿Por qué no fusilan de una vez a todos los huelguistas?".

Y se expresan así, no sólo los conservadores mexicanos, sino – y lo que es más extraño – todos los extranjeros que, proceden; en su mayoría, de paises en los que se suceden, cada semana, más huelgas, y más tumultuosas, que aquí en un año.

¡Ah¡ Los extranjeros – que casi ninguno conoce su propio país, porque lo abandonan en edad muy temprana, porque son oriundos de poblachos remotos, o porque vivieron en medios sociales sin contacto alguno con los problemas vitales del mismo, – adoptan unas aptitudes, al juzgar las cuestiones de México, que harían reir, si no causaran, por su insensatez y estulticia, repugnancia y enojo.

!Oh! **Allá** - allá es el país de origen de cada uno - los políticos, los intelectuales, los artistas, los clérigos, el ejército, la aristocracia, la gente del pueblo, las mujeres, el agua, el lodo de las calles...¡Oh;...**Allá** - todo es inmejorable, perfecto, sin comparación con esto.

Lo que aquí es negro se les antoja que ***allá*** es blanco, y viceversa, cuanto aquí se legisla lo aprecian como colmo de aberraciónes y disparates, siendo lo que hacen los políticos de ***allá***, en cambio, el summum de lo sabio y maravilloso.

¡Oh! ***Allá***! todo es y todo se hace a pedir de boca. ¿Por qué no nos quedaríamos ***alla***?.

Esta, sin embargo, inocente manera de pensar, no puede tener otra disculpa que la que tienen las madres para alabar y ponderar las bellezas y encantos de sus hijos, por deformes que sean.

Probable es que los obreros mexicanos ,privados hasta ahora del derecho de pedir, se excedan, a veces en sus peticiones, como se exceden las criaturas que nunca probaron un dulce, en atracarse cuando ven golosinas al alcance de sus manos; pero qué ¿los obreros europeos, o norteamericanos, o japoneses, siempre piden lo equitativo, lo justo?.

No hay que ser necios; hay que ser lógicos, razonables y de la época, apresurándose además, a las equitativas rectificaciones de pasados y condenables procederes.

Bueno – y hasta, en cierto modo, disculpable – que los viejos de cuerpo y de espirítu, que los de rancias creencias y rancia moral, que labraron su fortuna con esta fórmula:

5 por ciento de inteligencia,

20 por ciento de actividad y constancia, y

75 por ciento de brutalidad, creyendo, a pié juntillas, que, con tan bondadosos y cristianos (sic) procedimientos, se ganaban, de un solo mandoble, el dinero y el Cielo, se aferren a la escuela de "obedece y calla",o "pan con medida y palo sin tasa"; pero los jóvenes, los más educados, los mejor instruidos, ¿por qué su miedo, su temor, su resistencia a enfrentarse con los ideales modernos, a contemporizar con las nuevas doctrinas, a comulgar en el mismo altar que los obreros, que el pueblo?.

Hoy, la fórmula para triunfar y enriquecerse debe ser esta:

Inteligencia, 50 por ciento.

Asiduidad y perseverancia, 25 por ciento.

Energía, con buenos modales, 12 y medio por ciento.

Bondad efectiva, 12 y medio por ciento.

Han de quedar para siempre suprimidas, la brutalidad, física y espiritual, las fullerías y el egotismo ciego y desenfrenado.

Para los hombres de negocios del pasado, el triunfo fué sumamente fácil. Les bastaba con ser trabajadores, económicos y rígidos con el vallasaje. En realidad, no tenían problemas que resolver. Erales suficiente, a veces, el ser brutos y despiadados – negreros implacables – para vencer.

Los elementos patronales del día, por pequeño que sea su triunfo, será grande el mérito de haberlo obtenido, porque, además de mil asuntos económicos de intrincada resolución tienen delante de sí a los obreros, con libertad, derechos y aspiraciones, y a los viejos amos – socios o accionistas – que gruñirán ceñudamente, a cada demanda o reclamación de aquellos.

La moral no se estaciona; progresa y se renueva constantemente.

Antes, un "indiano" que se enriquecía hasta la opulencia, sembrando de cadáveres de parias martirizados el subsuelo de sus extensas propiedades con una escuela que erigiera en su pueblo natal, un "copón" que regalara a la iglesia de su aldea y un donativo al Vaticano, era recibido en su tierra con arcos de triunfo, su Gobierno le condecoraba sin más averiguaciones –ensalzando su patriotismo, laboriosidad y desprendimiento,–y la Santa Sede –acéptando la dádiva– y sin enfrascarse en hondas filosofías–le adornaba con un título de nobleza, sin que nadie osara discutir ni impugnar tales homenajes.

Antes, los niños, hijos del amo, eran admirados

como príncipes, y adorados como imágenes de un culto religioso, por las multitudes de esclavos, que llevaban de la mano criaturas roñosas, harapientas e ignaras, sin que nadie se atreviera a pensar en la injusticia e iniquidad del contraste.

Antes, los patrones tras de un cuarto de siglo de laboriosidad, se retiraban a disfrutar tranquilos y satisfechos, del fruto de sus afanes, sin que su conducta provocara reproches ni reticencias.

Hoy, se discute, a los primeros, si les asiste el derecho de vejar y sacrificar a unos para beneficiar a otros y de explotar a la humanidad para congrantularse con la divinidad; a los segundos, si es equitativo y cristiano que mientras sus hijos nadan en todas las abundancias, los hijos de sus servidores se debatan en todas las miserias; y a los terceros, si es de justicia que los que agotaron sus energias – también tras de un cuarto de siglo – en las fabricas, en los talleres, en las oficinas, o al pié de los mostradores, no tengan más esperanza de tranquilidad y descanso que la de la piadosa tumba.

Los capitalistas mexicanos deben saber sus deberes y verán si quieren o no cumplirlos, o si prefieren que los victimados se los hagan cumplir.

En cuanto a los capitalistas extranjeros – una de las más pesadas rémoras con que ha tropezado y tropieza la Revolución, para llevar a cabo la implantación de sus humanitarios y libertadores principios,– no deben ni pueden desconocer que si al desarrollo de las riquezas del país han contribuido y contribuyen, con su inteligencia y trabajo, todo – a parte de su erfuerzo personal; – las riquezas naturales y los hombres necesarios para fomentarlas, lo ha dado el mismo país.

Porque los obreros y empleados mexicanos serán flojos, apáticos, viciosos y lo que se les quiera llamar- pero es con esos auxiliares flojos, apáticos y viciosos con los que se ha desenvuelto y prosperado la agricultura, la industria y el comercio, permitiendo a los jefes hacer vida de potentados dentro de la República Mexicana, o bien ir a disfrutar al país de su origen de los placeres y satisfacciones con que les brinda su fortuna.

Mientras que en las haciendas y en las fábricas y en los talleres, es rarísimo ver una escuela, un hospital, u otras viviendas que no sean esos inmundos e infectos jacales, que las bestias desdeñarían, si tuvieran el poder de desdeñar.

¡Y todavía hay extranjeros que tienen la inconsideración de pedir, a un pueblo que los enriqueció, y al que han tratado con tanta impiedad, indemnizaciones por daños y perjuicios – reales o supuestos – más de los segundos que de los primeros, – sufridos durante la Revolución!

Indemnizaciones que el Gobierno de México no rehusa ni siquiera regatea, y sin que por ello piense exigir responsabilidades a los muchísimos magnates extranjeros que en los Bancos e instituciones de diversa índole cometieron, valiéndose del desorden imperante en la época revolucionaria, abusos y fechorías que, por su audacia y cuantía, relevan de toda crítica a los más cínicos fariseos de la Revolución.

¡Oh, ese Banco de Londres y México en el que, españoles y franceses – honorabilísimos"– hicieron cada enjuague que causaría sonrojo a los más notables huéspedes de la Penitenciaría!

La Gran Revolución Mexicana no puede ni debe ser

odiada y maldecida por ningún corazón medianamente noble y generoso.

Ha traido ventajas reales y positivas y orientaciones de felicidad y de consuelo para el proletariado, y esto basta y sobra para absolverle de sus yerros, si yerros cometió.

Las Riquezas de México

Todas las estadísticas y datos numéricos, no nos darían una idea, tan verídica y concluyente, de las riquezas de México, como la que de una manera objetiva, práctica y palpable, nos ha dado el largo periodo revolucionario.

Durante él, la vitalidad económica de este país ha quedado demostrada hasta la evidencia, llenando de asombro a los que la hemos contemplado y haciendo arrugar el entrecejo – sorprendidos por la mala suerte de sus angustiosos vaticínios – a los más sesudos, rígidos y dogmáticos economistas.

Realmente – y aparte de las díficultades creadas por la interrupción de las comunicaciones y las rapaces maniobras especulativas de los traficantes – aquí no se ha carecido de lo necesario ni aún de lo supérfluo.

¡Parece cosa de milagro!

Paralización en las fábricas, paralización en los campos, revolución y gente armada por todas partes, y no faltaba comida, ni vestidos, ni diversiones.

La moneda metálica había desaparecido, la fiduciaria era un maremagnun de papelitos y cartoncillos de imposible descripción, y había, sin embargo, plétora de transacciones mercantiles.

Vino luego, bruscamente, súbitamente, la desaparición del papel y cartón moneda, y los hombres de negocios, los eternos agoreros de las mas pavorosas calamidades, se llevaron, anonadados y trágicos- las manos a la cabeza, y predecian, pesimistas e infalibles.

"¡Esto se acabó! Mañana no hay quién coma, ni quien se mueva de su casa.

¡A perecer todo el mundo!"

El mentís fué rotundo, aplastante. Todo el mundo comió, todo el mundo salió de su casa y todo el mundo buscó, como de costumbre, el esparcimiento, sacando – yo no sé de donde, – porque hemos convenido en que este pueblo es el colmo de la imprevisión y el despilfarro – moneditas de color de oro, de color de plata, de color de niquel y de color de cobre, que circularon, circularon, circularon,...

Los sabihondos, insoportables y sentenciosos hombres de negocios, no dieron su brazo a torcer y con desdeñosa impertinencia, reiteraron su presuntuosa opinión:

"¡Esto es ficticio, falaz! ¡Que pasen dos, tres, seies meses y todo habrá concluido! ¡En fin, después de ese plazo, la ruina, la bancarrota, el caos!"

Transcurriéron los seis fatídicos meses y las moneditas de color de oro, de color de plata, de color de niquel y de color de cobre, siguieron circulando, circulando ,circulando....

Y han transcurrido seis años y las moneditas, sin apoyo ni ayuda de la nodriza fiduciaria, todavía circulan y permiten comer, vestir y divertirse a los dieciseis millones de seres que los economistas sesu-

dos y dogmáticos y los hombres de negocios, fátuos y tercos, daban por muertos.... ¡de hambre!.

Bueno es advertir que en este México, estoico y tranquilo, todos lloran, menos los que debían llorar.

Llora el industrial, llora el hacendado, llora el capitalista, llora el comerciante, entenebrecidos todos por una vorocidad y una avaricia desmedidas; los únicos que no lloran, que, por el contrario, ríen seráficamente, o adoptan una actitud contemplantiva e indefinible, son los que no tienen más porvenir, más esperanza, ni más consuelo que el que les brinda, sin tasa. este hermosísimo cielo, mensajero perenne de los más inefables ensueños.

¿Es verdaderamente rico México?

Oyendo hablar a los señores de la ciencia de verlo todo de color de ala de mosca, este es un país pobre, muy pobre, y amenaza serlo más, porque la industria es mísera e incipiente, la agricultura está en una decadencia desastrosa, la minería agoniza, y la enorme producción petrolera fallará el día menos pensado.

En cambio los que no poseen más ciencia que la de apreciar las cosas por sus efectos, proclaman que México es un país indiscutiblemente rico y que de día en día lo será más, porque su industria se multiplica y prospera, su agricultura se desarrollará e intensificará, su minería tomará el merecido incremento, y sus campos de petróleo prometen rendimientos fabulosos

Lo que está ocurriendo en México es que el capital, siempre precavido, timorato y usurero, no acaba de hacer sus paces con la Revolrción a la que po-

ne toda clase de trabas y obstáculos, para ver si así la obliga, sí no a retroceder – exigencia imposible de obsequiar, - cuando menos a moderarse, a comprimirse, a no ir demasiado lejos con sus reformas económicas y sus tendencias socialistas.

Disipados estos resabios – que han de disiparse, porque el ambiente mundial está saturado de los mismos clamores y los mismos anhelos, -- el capital, nacional y estranjero, abandonará su retraimiento y y afluirá a la lucha activa de los negocios, convencido de que México es un imponderable campo de inversiones y beneficios.

¿Como no lo ha de ser, donde a la fecha, las propiedades urbanas dejan una utilidad neta de 10 a 12 por ciento, el comercio vende a precios, mas que renumerativos, deshonestos, y las especulaciones no tienen limite de ganancia.

–"Mentira – dirá el propietario de casas, – yo pierdo dinero".

– "Mentira – dira el comerciante, – yo pierdo dinero"

– "Mentira – dira el especulador, – yo pierdo dinero.".

No, no es que pierdan. Es que el miedo a que los inquilinos pidan rebaja en las rentas a que el fisco aumente los impuestos y a que los empleados y obreros soliciten mejora de sueldos y salarios, les aconseja que invariable y sistemáticamente repitan, apesandumbrados, conpunguidos: "¡perdemos dinero, perdemos dinero, perdemos dinero!".

Y desde su punto de vista, los capitalistas tienen razón, porque llaman perder a la diferencia que existe entre lo que ganan y lo que, segun ellos, debían ga-

nar. Asi, por ejemplo, el que tenía la ambición de sacar a su capital un interés de sesenta por ciento y le saca sólo el cuarenta, dice que perdió un veite,

Dados los elevadísimos precios a que vende sus mercanciás el comercio de México, ningùn comerciante, por escasas que sean sus ventas, puede perder dinero, a no ser que todo el capital invertido en su negocio sea prestado, en cuyo caso sí puede perder y caminar derechito a la bancarrota, porque los prestamistas se lo comerán vivo, ya que le cobrarán un rédito de tres a cinco por ciento mensual.

Desde el principio ds la Revolución a la fecha–13 años - ¿qué quiebras de importancia se han registrado en México?. Casi ninguna; y si rebajamos de ese casi las frauldulentas y de mala fé, tendremos que decir: que no ha habido una sola quiebra de mediana importantancia, no obstante haber vivido esos trece años en una especie de ensayo de anarquía anticientífica e inmoral, en la que los principales protagonistas han sido las personas que, en el lenguaje convencional del presente momento histórico, se ha dado en llamar sensatas, honorables y distinguidas, agregándoles, én conjunto, el calificativo de "fuerzas vivas", que les cuadra a maravilla, si tomamos lo de "vivas" en la acepción vulgar y corriente que ahora se dá a la palabra "viveza".

¡Hasta los incendios de fábricas y almacenes, que es uno de los sistemas más característicos de las crisis económicas en la América Española - por ser un recurso que ponen en juego los negociantes que están en peligro de bancarrota para salvarse - han escaseado en esta etapa que que se considera desquiciadora y calamitosa.

Digan lo que quieran todos los economistas teóricos, y semi-sabios, y todos los economistas prácticos – mercaderes, especuladores y hombres de empresa,– un país que, en circunstancias semejantes a las que ha atravesado México por cerca de tres lustros, no sólo se sostiene, sino que se desenvuelve y desarrolla económicamente, tiene, por fuerza, que ser un país dotado de inmensas riquezas naturales.

Lo que sí es estupendamente ridículo – y no debe interpretarse como una paladina confesión de pobreza, sino como sarcástica consecuencia de los recientes babilónicos acontecimientos, – es que un país como México, que en una docena de años ha derrochado muchísimos millones y ha elevado de la miseria a la opulencia - únicamente con las filtraciones escapadas por las rendijas de las arcas del Tesoro Público-, a miles y miles de sanguijuelas insaciables, ande en estos momentos de la Ceca a la Meca, buscando medio centenar de millones de pesos para el Banco Mexicano de emisión, cuando con un cinco por ciento de las sumas filtradas tendría para cuadruplicar el capita de la proyectada institución de crédito.

Ciertamente que ni los mexicanos ni los extrajeros que han iniciado o cimentado sus fortunas con tales filtraciones, van a adoptar la hermosa actitud de devolver a la nación, en forma de generoso donativo, el cinco por ciento del importe de sus gatuperios; pero bastará a la Administración Pública Mexicana, moralizar un tanto sus dependencias - y el Gobierno, sin duda alguna, trata de llevarlo a cabo con mano férrea - para que el Banco de México pueda establecerse sin ayudas extrañas.

Este punto - el de la inmoralidad administrativa, que trae aparejada toda revuelta política, - es al que mas fuertemente se agarran los capitalistas extranjeros y nacionales para negar su apoyo a la Revolución y mostrarle su inquina.

–"Con esta gente - dicen - todo es inútil. Cuanto caiga en sus manos, proceda de donde procediere, desaparecerá como por encanto: todos ellos son unos ladrones".

Mis constantes observaciones sobre este particular, me han conducido a esta conclusión: los caudillos de la Revolución, los porta-estandartes de la Idea -valerosos, heróicos y abnegados, - han tenido que luchar, para conquistar el triunfo, con dos elementos formidables: el de los enemigos políticos y el de los amigos interesados, o sea de los que seguían a la Revolución, no en pos de los ideales, sino en pos de los beneficios materiales y personales que de ella pudieran obtener; y como la principal preocupación de los sustentadores de la Idea, tenía que ser la de vencer a sus adversarios y luego implantar sus principios, resultaba que lo menos importante era refrenar los impulsos de rapiña de sus secuaces, imposibles, por otra parte, de corregir en los momentos en que todo era desbarajuste, confusión y desorden.

Otros de los escollos con que habrán tropezado, don Venustiano Carranza, primero, y el general don Alvaro Obregón, más tarde, para moralizar la Administración, tiene que haber sido el temor de ser devorados por aquellos de sus partidarios que perseguían, más que fines de reformas políticas y sociales, la innoble anbición de medrar y enriquecerse a toda prisa.

Pero pasado ese periódo de las contemplaciones y las recompensas, se ve, se palpa a todas horas y por todas partes, que el actual Gobierno se preocupa por eliminar de la Administración pública todos los elementos viciados y nocivos, y se afana por cumplir honorablemente con todos sus compromisos, exteriores e interíores.

No obstante tan plausibles propósitos, y la certeza de que México cuenta con recursos para solventar todas sus deudas atrasadas y otras muchas que pudiera contraer, el capitalismo casero y el internacional, sigue hostilizando al Gobierno más fuerte y mas popular que emanó de la Revolución, alevosamente, implacablemente.

¡Y todo porque no borra, o reforma, los artículos 27 y 123 de su nueva Constitución, de la Constitución Revolucionaria de 1917!.

A México le está sucediendo con el capitalismo y sus acreedores, lo que acontece frecuentemente, con sus amos, a algunos hombres de voluntad firme e independiente, a quienes se les dice:

-"Nos consta que son ustedes inteligentes, laboriosos, honrados; pero preferiríamos que fuesen menos buenos, con tal de que abdicaran de tales y tales ideas, que no nos gustan ni nos convienen,"

Eso ocurre al Gobierno que preside el señor general don Alvaro Obregón: todo el mundo está convencido de que piensa y procede honrradamente, de que le anima un elevado espíritu de justicia y moralidad; más ¿por qué no tacha y reforma - a gusto del capitalismo casero y del internacional, esos dos malhadados artículos constintucionales, y alguno que otro que no es muy de su agrado?.

-"¡Lástima de terquedad! - exclaman los capitalistas - porque es indudable que este país es riquísimo, encantador, adorable.... ¡Pero eso de que no podamos disponer a nuestro libre albedrío - como lo hacíamo antes - de sus riquezas y de sus hombres de trabajo, indios, mestizos, o lo que sean!".

Y resulta que después de innumerables observaciones reticentes, de imprecisas negativas y capciosas salvedades, el sentir general se expresa de este modo: la verdad es que la riquezas de México es inenarrable, inmensa, fabulosa, fantástica,

Y sí es así, ¿por qué obstinarse en no hacer partícipes a todos sus hijos, aunque sea en una mínima parte, de esa gran dicha?

LOS MEXICANOS

En general, la gente de México no es mejor ni peor que la de otras partes del mundo.

La proporción de gente buena y gente mala de cada país. creo que es, con imperceptibles diferencias, la misma.

El que nace ladrón, avaro, usurero, traidor, infiel, desleal, canalla y pérfido, no importa quien le engendró, ni quién le parió, ni el pedazo de tierra en que vió la primera luz, porque - salvo ligeras modificaciones que pueda imprimirle una educación acertada y bondadosa - será siempre un miserable.

Mi opinión es la de que lo mejor de México, como lo mejor de todas partes (¡no vayan ustedes a asombrarse!) es la gente del pueblo.

Pero dejando el razonamiento de éste tema para otra ocasion, diré que si en cuanto a bondad y maldad de las personas no hallo motivo para establecer comparaciones en pro ni en contra, por lo que respecta a sus hábitos sociales, todos los mejicanos, sin excepción de categorías, son unos arístócratas, rebozados con almíbares, cualidad delicadisima que admira, cautiva y embelesa a cuantos extranjeros pasan por este país.

Hasta las aristocracias, mejor dicho, la aristocrácia, porque en América no queda más que una aristocracia en servicio activo, que es la aristocracia del dinero - ya que las de la sangre, el talento y la virtud son aristocracias muertas, como las lenguas antiguas, - no es en México una aristocracia ampulosa y esquiva, sino benévola, asequible y rebosante de condescendencias y flexibilidades.

El encaramarse, con una facilidad pasmosa, a la primera fila del andamio social, es otro de los motivos que, para mostrarse agradecidísimos de México, deben tener los extranjeros que, una vez repletos de dinero sus bolsillos, aspiran a mezclarse, confundirse y figurar entre lo más florido, granado y selecto de la sociedad mexicana, donde al lado de un alto personaje político, de un general, de un diplomático o de un intelectual, y sus respectivas esposas, veis comer, discurrir y bailar, á los más ilustres ex-pelagatos, y sus consortes, de las colonias extranjeras.

Igualmente las columnas de acontecimíentos sociales de la prensa, que es otro de los lugares culminantes que ansía escalar todo inmigrante codicioso v favorecido por la suerte, son - por la jamàs desmentida benevolencia y galantería de los mexicanos - de fácil acceso, bastando a los aspirantes al párrafo en letras de molde, que colme los anhelos de su vanidad y revele al mundo su existencia, con que haya realizado, sólo o en participación, la hazaña mas inocente, más simple, más rudimentaria y más vulgar que puede realizar un hombre: la de haber hecho parir a su mujer.

¡Oh, que frases tan bonitas y encomiásticas, que detalles genealógicos tan halagadores, llega a ver es-

tampados en los periódicos, en su loor y el de su "distinguida" familia, relamiendose de gusto mientras los lee, sin entenderlos, a menudo, más que en conjunto y por encima, un Don Cualquiera, con el "transcental" motivo del parto feliz, a un tanto laborioso, de su conyuge!.

La vida oficial mexicana, es, por el estilo, muy democrátíca y sencilla. Ver y hablar a un señor ministro o al señor Presidente de la República, presenta muy pocas dificultades. Extranjeros que en su país se hubieran frotado las manos de júbilo, contentos de haber entablado amistad con el galoneado portero mayor de un ministerio, aquien tropienzan frecuentemente con la oportunidad de contraer parentesco afín o espiritual con las más elevadas personalidades de la política y de lo Administración, y hasta de jugar con ellas al dominó y bebér una copa en llana camaradería-

¿Que más quieren, que más pretenden, cuando habían soñado treparse a tan altas regiones socíales?.

La clase media de México en sus diversiones jerárquias, es, asimismo, amabilísima, prudente, correcta y dúctil, sin que éstas peculiaridades características, la resten, energía, altivez y entereza,

En las oficinas públicas - que es adonde ésta clase social da mayor contigente - no se nota el inflamiento ni el desqotismo usuales en casi todas las ofinas públicas del universo, sino que, por el contrario, siempre encuentra el visitante facilidades, atenciones, un vivo deseo de escucharle y de expeditar sus asuntos

A veces, las cosas irán - como todas las de palacio - despacito, con una parsimonia y una lentitud

que crispan los nervios; pero no se oirá nunca, ni una contestación ordenancista, ni una voz cargada de petulancia é insolencia.

Los hombres ricos de Méxíco son, como he dado a comprender, de modales caballerosos. rítmicos y llenos de gentileza, al igual de todos los mexicanos, pero no suelen pensar en nada: ni en literatura, ni en pintura, ni en música, y mucho menos en empresas mercantiles, que en un noventa por ciento pertenecen a extranjeros.

Gustan, los mexicanos ricos, de vivir de sus rentas. de que los "flojos "(?) indios cultiven sus haciendas, de obtener productos usurarios (de sus fincas urbanas, de prestar sobre hipotecas, de ejercer de logreros; mas de invertir dinero en empresas aleatorias, que exigen esfuerzo y ofrecen riesgo, de eso, no entienden.

El elemento intelectual mexicano tiene, en todas las manifestaciones del saber, una muy lucida representación y camina, sereno, confiiado y tenaz, a la conquista definitiva del triunfo-

Respecto a los obreros de México, he expresado ya mi sentir en páginas anteriores y me congratulo de que este proletariado, paciénzudo y habilidoso, que lleva en los semblantes la melancolía de amarguras y desdichas sin cuento, esté viendo lucir, a todo esplendor, la aurora de su redención.

La Gorronería Internacional

México, deseoso de destruir todas las falsedades que sobre su Revolución se habían esparcido por el mundo, ha procurado que extranjeros de todas partes - escritores, periodistas, artistas, políticos, negociantes, etc., etc., - visitaran el país y dijeran de él lo que en realidad había sucedido, cuales eran los orígenes de esos sucesos y cual su actual situación.

Especialmente desde que ascendió al poder el actual Gobierno, qué redujo casi a la nada las efervescencias revolucionarias, se procuró por todos los medios, no sólo abrir de par en par las puertas de las fronteras, que siempre han estado abiertas, sino que por ellas penetraran todos los extranjeros que quisieran ver, por sus propios ojos, la verdadera situación de México.

Y vinieron escritores, y vinieron periodistas, y vinieren artistas- y vinieron políticos, y vinieron financieros, y vinieron diz que hombres de empresa, habiendo sido todos ellos tratados a cuerpo de rey y a qué pides boca.

La inmensa mayoría de esas personas - qué, a semejaza de los inmigrantes, dieron, al pisar tierra mexicana, un formidable salto, para arriba, en sus respectivas categorías, - se fueron del país imitando la conducta desagradecida de cierto perro de un pastor, que después de haberle comido el pan.....le ensució el morral!.

¿Es qué esas "eminencias" no encontraron nada qué admirar en México y sí muchísimo que censurar?.

¡No!.

Es que esos pobres hombres llegaron aquí, permanecieron el tiempo indispensable para andar de un lado para otro, visitando las bellezas naturales y artísticas, gozando de agasajos y fiestas, en la ñoña compañía de gente que, por excederse en la ponderación de las cosas que enseñaban, tenian siempre en los labios un elogio y un plañidero recuerdo para las "grandezas" del pasado, y no vieron lo que debieron ver, ní comprendieron lo que debieron comprender ni sintieron lo que debieron sentir.

Luego, cada uno de los extranjeros visitantes púsose en relación con sus connacionales, fervientes devotos todos - hay que repetirlo - del régimen portiriano, se influenció y saturó de las mismas ideas, y al abandonar el país iba pensando, no en el México bello y francamente en el camino de rápida y briosa convalecencia que había visto a su paso por él, a uña de caballo, sino en el otro México, en aquel México de la paz, de la prosperidad, del órden más acabado y perfecto: del México deslumbrante de lujos y placeres, para un número muy reducido de sus habitantes.

-"¡Oh, si ustedes hubiesen visto entonces!"- habrán soplado, al oído de los excursionistas extranjeros, sus conterráneos y guías indígenas - ¡Qné riqueza, qué bienestar, qué jardines, qué campos, qué calles, qué aristocracia!."

Y los visitantes extranjeros, que parece se contagian aceleradamente de la antípatía, índiferencia o desdén, que, como herencia fatal, ha estado pesando so-

bre estas clases humildes, se dan por bien servidos con el derroche de atenciones desplegadas en su recreo y honor, y considerándose muy enterados de todo lo ocurrido en México, desde un siglo antes del advenimiento de Hérnán Cortés hasta la fecha, emprenden el vuelo a sus lares, un tanto decepcionados de lo que vieron y pesarosos de no haber contemplado aquel Mèxico del centenario de 1910, radiante de alegría, de magníficencia, con avenidas sin baches y con un pueblo sumiso, resignado, silencioso, que nada pedía, porque no le consentían que lo piediera.

Y si algunos de esos veedores esxtranjeros, ha tenido la curiosidad de preguntar la causa de la incuria y abandono en que denota haber arrastrado su mísera existeñcia este desdichado pueblo, de seguro que se le habrá contestado: - "Es gente que no tiene remedio. Merece menos consideraeión que los animales".

Con cuya concisa contestación, el interrogado se qneda tranquilísimo, y se cree exento de toda responsabilidad y toda culpa, y el extranjero visitante, ahito de comilonas, paseos, recepciones y melosidades, se da porfir memente convencido y abur.

Mas tarde, allá en su país, ora en la prensa, en la tribuna o en la asamblea de accionistas, ora en el casino o reunión de amigos, pintará con colores sombríos las "atrocidades indescriptibles" cometidas por la Revolución, los espejos venecianos hechos trizas, las alfombras de Bruselas desgarradas, las vajillas ing[illegible] sas descabaladas, los aristocráticos y esponjosos [illegible] chones mancillados, los lustrosos entarimados d[illegible] regias mansíones de las haciendas sirviendo d[illegible] a las llamas, en las hogueras preparadas por

dads para calentar sus frugáles condumios, las ovejas robadas a don Fulano y las chivas a don Zutano, para alimentar a las hordas salvajes, y las cuarenta famosas cabras de doña Lupe, que costaron la vida a una docena de desalmados,

Para terminar, y si algun oyente, picado a su vez de curiosidad, indaga acerca de las escuelas, los hospitales, las moradas que en torno dc esos principescos palacios de las haciendas, se habían construído para último refugio de los peones anciados, para comodidad y descanso de los peones jóvenes y sus esposas, para instrucción de sus pequeñuelos, el extranjero visitante - escritor, periodista, financiero, o buscón que estuvo en México y, qné en un abrir y cerrar los ojos, todo lo vió y de todo se enteró, dando tres y raya a los demás prodlgiosos zahoris, repetirá la muletilla de su informante de por acá.

-"¡Aquella gente no tiene remedio! ¡Merece menos consideración que las bestias!".

Y tambien el oyente que, por mera curiosidad, lanzó la pregunta, se dará, con tan vacua respuesta, por firmemente convencido.

Pero no debe extrañarnos nado de esto, si consideramos que en las naciones del mundo que presumen de más civilizadas, se erigen soberbias estatuas y se otorgan todos los dias honores y distinciones, en forma de perendengues y cintajos, a cruelísimos negreros, enriquecidos en las Indias.

MEXICO Y SUS BELLEZAS

¿Qué si es México bello?.

¡Bah!.

Le basta con su clima para serlo en grado superlativo.

Sólo con su clima, inspirador de los mas embriagadores deleites, tiene México derecho para ostentar el tíulo de paradisiaca residencia.

Tiene, además, como complemento de su insuperable belleza, el hechicero adorno de sus volcanes, de sus bosques, de su pasmosa vegetación tropical, de sus aves de multicolor y brillante plumaje, de sus caudalosos ríos, de sus cristalinos manantiales, de sus infinitas flores, dotadas de todos los aromas y matices, de su cielo màgico, que nos ofrece, en infinita- e ininterumpida sucesión de fantásticas y embelesadoras transformaciones, emocionantes motivos para los éxtasis más profundo.

Mèxico es bello para vivir en él y para morir en él.

Porque si en vida nos regala con todas las magnificencias de su clima, de su cielo, de su flora, de fama de la dulzura y sonrisa perenes de sus dores, en la muerte gonzaremos, también, de vios de tan acariciador cortejo.

EL MEXICO DE 1923

La paz es un hecho. Se puede viajar, en ferrocarril, en coche, a caballo o a pié, por toda la enorme extensión de la República, sin miedo a voladuras ni a asaltos.

Económicamente atravesamos por una crisis - relativa y comparativa - iniciada a mediados del año pasado.

Escasea el dinero en circulación, más que por falta de numerario, por sobra de miedo de los que lo poseen en abundancia, y que lo guardan bajo siete llaves, en espera de las sorpresas que traiga el nuevo Banco de emisión en proyecto.

Porque ya sabemos que por eso se acumula el dinero: por exceso de prudencia en soltarlo, una vez que se agarra, y por falta de patriotsimo, de generosidad y de humanitarismo.

A pesar de todo y de que se dice que los campos, por las reformas agrarias, nada producen y son una desolación en esta hermosa capital de los Estados Unidos Mexicanos, existe una fiebre de construcciones urbanas, costosas y elegantes la mayor parte de ellas, como jamás se conoció, y circula una cantidad tal de automóviles de todas las marcas in-

ventadas, que las avenidas, calles y paseos, con ser muy amplias, carecen de capacidad para contenerlos.

Los vapores europeos, que tienen como término de su ruta puertos de México, zarpan de ellos henchidos de pasajeros - nacionales y extranjeros - más de extranjeros que de nacionales, - que, no obstante la Revolución devastadora y la crisis pavorosa, ván al viejo mundo ,no en busca de trabajo, sino de distracciones y placeres.

Acaba de pasar la Semana Santa, días que aquí se dedícan, por mitad, a visitar los templos, y a excursionar por los campos y de ciudad en ciudad, y los periódicos publican estadísticas demostrativas de que nunca hubo movimiento y animación semejantes.

¡Y se cuenta por eso mundos del engaño y la mentira, que la Revolución Mexicana, lo deshizo todo, lo aniquiló todo y con todo acabó!

Vivimos, eso si, con el sentimiento, aunque sin la imperiosa necesidad, de que el Gobierno de Norte América haya reconocido aún al Gobíerno de México.

¡Vaya un respeto a la libertad y soberanía de los pueblos!.

Qué lástima que México no pueda sentar, de una vez para siempre, doctrína de absoluta independencia moral y financiera, prescindir de reconocimientos y vénias, y decir a los extranjeros de allá y de acá, que le agobian con sus reclamaciones, sus exigencias y sus amenazas el que no quiera venir que no venga; el que quiera irse que se vaya.

Y seguir, impertérrito, su camino, su vida y su destino.

Empieza ya a hablarse de las próximas elecciones presidenciales, que tendrán lugar en el mes de julio del año venidero.

A menos que los hados embrollen el desarrollo de los sucesos, la suerte está hecha y el futuro Presidente de la República a la vista: el señor general don Plutarco Elías Calles, actual ministro de Gobernación.

El triunío de esta candidatura es indescutible, con oposición y sin oposición, con beneplácito del Gobierno y sin él.

Se dice que habrá dos candidaturas: la del general Calles y la de don Adolfo de la Huerta, ex-presipente interino y ministro de hacienda en la actualidad.

Presentándose solamente una de esas candidaturas, el triunfo del señor De la Huerta sería tan indiscutible como el del general Calles; pero en oposición una de otra, la victoria correspondería a don Plutarco; pues a pesar de que tan sincero y arraigado es el revolucionarismo del uno como del otro, tras de la cantidatura de don Adolfo de la Huerta correrían, para prestarle apoyo, los elementos capitalistas y conservadores, y esto se convertiría en un refuerzo más para la candidatura del general Calles, hombre fuerte, de acción y un tanto hoscolque, sin miramientos complacencías, llegará donde se propoga llegar, salga lo que saliere y cueste lo que cueste.

No creo que esas dos candidaturas se presenten en oposicion; si así sucede, el proletariado, ante el dilema de elegir entre uno de sus dos ídolos, se inclinaría, no del lado del hombre bondadoso y sentimental, (Sr. de la Huerta) sino del el del hombre decidído y enérgico (Sr. Calles.)

El reaccionarismo, el fascismo y el catolicismo, tres cosas que parecen muy grandes, y que forman una sola, pequeñísima en sumo grado, pudieron tener fuerza para un cambio político, por sorpresa y efímero, cuando las clases obreras nada perdían ni nada ganaban con tales cambios, que no rezaban con ellas ni con sus intereses; pero hoy, se romperían el corazón peleando contra cualquier intento de esa naturaleza.

La alta intelectualidad mexicana que figura en las filas del conservadorismo, aunque algo atrofiada en su sentimentalidad, es demasiado sabia para comprenderlo así, y lejos de pensar en conspiraciones armadas y en imposibles restauraciones, se entrega, sagazmente, sutilmente, a una labor de contención, de refrenamiento de los fogosos ímpetus revolucionarios, porque sabe, sin ningún género de duda, que eso es todo lo que se puede hacer y se puede intentar.

El reaccionarismo, el fascismo y el catolicismo es, políticamente hablando, un espantajo que no puede asustar más que a los, por idiosincrasia, asustadizos y pusilánimes.

¿Cúando han sido capaces todos esos ismos, de contribuir con su sangre, y menos aún con su dinero, a una obra revolucionaria?

Se han concretado a sacar las castañas del fuego con la mano del gato - entiéndase pueblo, - cuando contaba con gatos que las sacaran; pero ahora que esos gatos han dejado de sentirse gatos, para sentrise hombres, que es una condición más apropiada y más digna, ¿con qué van a conspirar?.

¿Acaso mascunllado jaculatorias y letanías, que no exigen sacrificios ni cuestan dinero?

Ni en el ambiente de México, ni en la conciencia de su pueblo palpitan hoy otros candídatos viables, para la Presidencia de la República, que no sean los indentificiados, de una manera clara, ostensible y precisa, con las aspiraciones revolucionarias.

Y si circunstancias imprevistas, o designios inescrutables sustrayeran de la escena de la política, o de la escena de la vida, esas dos figuras, prominentes é indiscutibles, que se llaman general Calles y don Adolfo de la Huerta, cada una de las cuales, aisladamente, tiene la misma seguridad de ser aclamada, para ocupar la primera magistratura de la nación, habría que esperar que, a través del ideal revolucionario, cristalizara y adquiriera relieve otra figura, procedente de la Revolución, que bien pudiera ser uno de los pontífices máximos del agrarismo: el ex-ministro de Agricultura y Fomento, ingeniero don Antouio I. Villarreal, por ejemplo, o Felipe Carrillo Puerto, el intrépido y valeroso gobernador de Yucatán.

Sea lo que fuere, el porvenir de México - pese a plañideras inconsolables y a pesimistas de profesión - será glorioso y brillante.

¡¡Adelante, gran pueblo!!

MEXICO, ABRIL DE 1923.

Muy pronto:

SU ALTEZA EL OBRERO
O
LOS QUIJOTES MODERNOS

por DESIDERIO MARCOS

Editada por la Casa de

GERARDO SISNIEGA

Av. 5 de Mayo, 16. México, D. F.

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 22 01 02 04 006 9

LIBROS DEL MISMO AUTOR

Cuadros y Escenas,

(CUENTOS Y ARTICULOS.)

Páginas de Amor.

(NOVELA)

Clementina.

(NOVELA.)

México y los Españoles

(FOLLETO.)

Acaparadores Y.... Amoladores

(FOLLETO.)